

La estructura social del trabajo en Argentina en el cambio de siglo: cuando lo nuevo no termina de nacer.

Salvia, Agustín y Gutierrez Ageitos, Pablo.

Cita:

Salvia, Agustín y Gutierrez Ageitos, Pablo (2011). *La estructura social del trabajo en Argentina en el cambio de siglo: cuando lo nuevo no termina de nacer*. *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 123-158.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/agustin.salvia/48>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pnKz/YwG>

La estructura social del trabajo en Argentina en el cambio de siglo: cuando lo nuevo no termina de nacer.¹

Agustín Salvia

Pablo Gutiérrez Ageitos

1. Presentación

El aumento de la pobreza y la desigualdad en la Argentina durante las últimas décadas se vincula estrechamente con los efectos regresivos generados por el programa de reformas estructurales asociado al plan de convertibilidad monetaria, apertura comercial y liberalización económica². En general, este deterioro es explicado por la literatura como función del impacto que fueron teniendo dichas políticas sobre el tipo de empleo generado, así como también debido a sus efectos en materia de vulnerabilidad externa y pérdida de capacidad regulatoria del Estado³.

Por el contrario, en parte de la literatura la fase de crecimiento económico -con crecimiento del empleo y caída de la pobreza- que inauguró la salida del régimen de convertibilidad en el año 2002 ha despertado optimismo sobre su potencial como nueva matriz de desarrollo para la Argentina. En este caso, se vislumbra la instalación de un nuevo *régimen de empleo con protección social* (Palomino, 2006: 9) o un *nuevo modelo de desarrollo* (Neffa y Panigo, 2009). Además del efecto directo del crecimiento sobre la creación del empleo, se enfatiza el impacto de: i) un cambio en el rol del Estado, ii) un cambio en las estrategias de los actores sociales, iii) una recuperación del mercado interno y la demanda agregada como consecuencia de políticas de recuperación del poder adquisitivo de los trabajadores activos y pasivos. Específicamente, la estructura social del trabajo se ve alcanzada por la recuperación del rol de arbitraje y de control del Estado sobre el registro laboral, la reinstalación normativa del control jurídico sobre la subcontratación, las políticas sobre el salario

¹ Este trabajo se realizó en el marco del Programa Cambio Estructural y Desigualdad Social, con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires, (Proyecto FONCYT No.33737). E-mail: desocial@mail.fsoc.uba.ar

² A los fines expositivos llamaremos “régimen” o “modelo” de la “convertibilidad” al modelo económico social que se configura durante la década del noventa, y que tuvo como pilares un sistema de caja de conversión acompañado de políticas orientadas a la reforma del Estado, la privatización de empresas públicas, la apertura comercial y financiera y la flexibilización de los mercados de trabajo.

³ Al respecto, véase Altimir y Beccaria, 1999; Neffa, Battistini, Panigo y Pérez, 1999; Altimir, Beccaria y González de Rozada, 2002; Beccaria, 2002; Lindenboim, 2001, 2003; Beccaria y Maurizio, 2005; Paraje, 2005; Salvia, Donza y Vera, 2007.

mínimo y la negociación colectiva y, finalmente, los cambios de comportamiento de las organizaciones sindicales y otros actores sociales.

Ahora bien, desde nuestro entender, si bien las políticas económico-institucionales han sido y continúan siendo factores claves intervinientes en los procesos que se describen, no cabe confundir los modos de instrumentación con las condiciones estructurales que las hacen necesarias y que, incluso, pueden hacerlas inocuas o alterar sus resultados esperados. Es por ello que, sin desconocer la existencia del mencionado vínculo, se argumenta en este trabajo una tesis alternativa según la cual la demanda de empleo y sus efectos sobre la desigualdad social no constituyen una función directa de las políticas macroeconómico-institucionales, sino que sobre estas manifestaciones operan factores estructurales que remiten al régimen dominante de acumulación y al modo en que los agentes ajustan y despliegan sus estrategias, condicionados por factores independientes de su voluntad.

La representación general del problema que propone esta tesis es que el cambio de reglas no resulta suficiente para alterar el renovado carácter heterogéneo, dual y combinado que presenta la dinámica de acumulación en la actual fase de globalización. Si bien no hemos estado solos en el esfuerzo de hacer empíricamente evidente esta situación (CENDA, 2005; Félix y Pérez, 2005; Lavopa, 2005), un aspecto distintivo de nuestros trabajos es sostener que la mencionada matriz se apoya en un régimen social de acumulación (Gordon, Edwards y Reich, 1986) altamente concentrado, cada vez más globalizado, en buena medida responsable de la heterogeneidad estructural⁴, que afecta al funcionamiento de los mercados de trabajo y la emergencia de una superpoblación relativa “no necesaria” para la reproducción de dicho régimen.⁵

⁴ Siguiendo a Pinto (1970), consideramos la heterogeneidad estructural constituye una de las fuerzas básicas que presiona en forma adversa sobre la pobreza, la distribución del ingreso y la dualidad en los mercados laborales. El concepto de heterogeneidad se asocia a la existencia, por una parte, de un sector de productividad media del trabajo relativamente próxima a la que permiten las técnicas disponibles y, por otro lado, una amplia gama de actividades rezagadas, de bajo nivel de productividad donde se manifiestan habitualmente altos niveles de subempleo, informalidad, y diversas estrategias de subsistencia. Esa coexistencia constituye la evidencia visible en el mercado de trabajo de dicha heterogeneidad estructural.

⁵ Es en este marco que nos ha resultado sumamente útil retomar la vieja tesis de la masa marginal (Nun, Marín, y Murmis, 1968; Nun, 1969), la cual incluso parece tener ahora mucho más vigente que cuando fue formulada por sus autores hace largos 40 años (Nun, 1999; Salvia, 2007a).

Desde esta perspectiva, trabajos anteriores han buscado descifrar este proceso a la luz de los efectos regresivos generados durante la década del noventa, de manera independiente de los ciclos de crecimiento, retracción y reactivación de la economía, en particular sobre los procesos de reproducción social, movilidad socio-laboral y marginación económica, tanto a nivel de los hogares como de la fuerza de trabajo (Donza, Salvia, et al, 2004; Fraguglia y Persia, 2003; Salvia, 2003; Salvia, Rubio, 2002; Salvia y Tissera, 2000; Salvia, Austral y Zelarayan, 2000; entre otros). En igual sentido, trabajos más recientes han aportado evidencia sobre el hecho de que en el marco del actual ciclo de crecimiento y reactivación económica post-devaluación (2003-2007), a pesar de haberse reducido de manera significativa las tasas de desempleo abierto y de pobreza en los mercados de trabajo urbano del país, no ha alterado de manera sustantiva la matriz estructural de inserción económico-ocupacional de la fuerza de trabajo (Salvia, Comas y Stefani, 2007; Comas y Stefani, 2007; Salvia, Fraguglia y Metlika, 2006; Salvia, 2005).

En esta ocasión, el eje de este trabajo es evaluar el comportamiento que ha presentado la estructura social del empleo, ampliando la ventana de estudio a la comparación de dos fases particulares del proceso económico-ocupacional de los últimos años: a) en primer lugar, los tres años que transcurren entre un momento de auge del modelo de convertibilidad y la situación de crisis en que entró dicho modelo antes de su dramático final (1998-2001); y, b) en segundo lugar, los tres años que transcurren entre la salida de la crisis generada por la devaluación hasta una fase de expansión y consolidación del actual modelo macroeconómico (2003-2006).

El supuesto teórico central que se pone a prueba es que la heterogeneidad estructural, la segmentación de los mercados y la emergencia de sectores económicamente marginales al modelo de acumulación, lejos de disiparse, continúan siendo patrones relativamente invariables en la actual etapa económica post-devaluación. Si esto es correcto, el actual modelo macroeconómico difícilmente se constituya en un régimen capaz de absorber en condiciones de “empleo decente” al conjunto de las fuerzas productivas de la sociedad.⁶ A lo sumo, cabe durante los ciclos de expansión de la

⁶ Un argumento en apoyo a esta tesis se desarrolla en Palomino (2007), quien siguiendo a Gerchunoff (2006) observa que el actual modelo macroeconómico guarda parecidos con un segundo momento del modelo ISI, el cual durante la década del sesenta mostró cierta capacidad de resolver la restricción externa que imponía ajustes cíclicos, situación que parece reiterarse en la

economía –como el ocurrido durante el período 2003-2007 en la Argentina- esperar aumentos en el nivel de empleo agregado, con una consecuente caída de la tasa de desocupación abierta y eventuales mejoras en la calidad del empleo en algunos sectores (los más dinámicos), pero sin que ello altere sustantivamente la heterogeneidad sectorial, la segmentación laboral ni la emergencia de sectores marginales a las relaciones sociales de producción dominantes (Salvia, 2007; Salvia, Donza y Vera, 2007). Durante estas fases se incrementan las oportunidades para la explotación de ámbitos de subsistencia económica y asimismo, el control social de los excedentes poblacionales sin mediar un conflicto con los sectores oligopólicos y concentrados por la utilización de los excedentes.

Con el objeto de poder evaluar la capacidad de incorporar a la fuerza de trabajo⁷ en un “régimen de pleno empleo” –tanto por parte del modelo de convertibilidad como del modelo post-devaluación- se comparan los cambios en la estructura económico-ocupacional, centrandó el análisis tanto en la calidad de las relaciones laborales como en la composición sectorial de la fuerza de trabajo, así como en la relación entre ambas dimensiones. Este análisis comparativo se aplica sobre cuatro “ventanas” o momentos “testigos” del proceso histórico reciente (1998, 2001, 2003 y 2006). Además se analizan el peso relativo del capital humano, la inserción sectorial, entre otras características de los ocupados, en la determinación del nivel de ingresos laborales mediante un ejercicio de regresión.

La estrategia metodológica aplicada consistió en el análisis de micro-datos elaborados por la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC, correspondientes a los relevamientos de octubre de los años 1998 y 2001 –modalidad “EPH puntual” -, y los relevamientos de los segundos semestres de los años 2003 y 2006 -bajo la metodología de la denominada “EPH continua”-. Dadas las conocidas diferencias

actualidad debido a la dinámica de las exportaciones y los precios internacionales en los mercados en los que opera la Argentina (Palomino, 2007).

⁷ La fuerza de trabajo objeto del análisis comprende a las de personas de 18 años y más, que se encuentran ocupados, desocupados o inactivos marginales que incluye a quienes han detenido la búsqueda por falta de visualización de oportunidades y/o desalentados por una búsqueda infructuosa, pero que están disponibles para trabajar.

metodológicas que presentan ambos tipos de encuestas, se emplearon en este trabajo procedimientos de ajuste sobre los datos de octubre de 1998 y 2001⁸.

2. Contexto histórico – económico del análisis

La última década del siglo pasado fue testigo de grandes cambios en la matriz económica y socio-ocupacional en la Argentina. Esta transformación no fue sino la expresión de un cambio en el régimen social de acumulación fundado en la industrialización por sustitución de importaciones (ISI) por otro basado en la acumulación financiera, la apertura comercial a los mercados mundiales, la explotación de recursos naturales, el desmembramiento del estado mediante la privatización de numerosas empresas, etc., todo lo cual parece haber seguido con esmero las recetas propuestas por el llamado “consenso de Washington”⁹.

Pero a fines de la década el régimen de reformas dejó claro sus límites para la generación de riqueza. Entre mediados de 1998 y el año 2002, las ondas expansivas provocadas por las crisis financieras mundiales produjeron una nueva y prolongada recesión. El déficit fiscal y la abultada deuda externa acumulada emergieron una vez más como una seria restricción a las posibilidades de crecimiento de la economía. Al mismo tiempo, la inflexibilidad del modelo de estabilización de precios para adecuar los niveles de competitividad de la economía, sumado a la caída de los precios de los *commodities* –a principios de 1999-, afectó la competitividad internacional y potenciaron la prolongación del fenómeno recesivo. En este contexto, a partir de 1999, se pusieron en marcha medidas de ajuste fiscal y de refinanciamiento de la deuda externa, todo lo cual terminó agravando la recesión y produciendo un enorme colapso económico, social y político-institucional, lo cual condujo a la salida del régimen de convertibilidad.

En el año 2002 se inaugura un nuevo ciclo económico. En el marco de la devaluación y el *default* internacional que ocasionó la salida de la convertibilidad se modificó radicalmente el sistema de precios y el comportamiento macroeconómico,

⁸ En Salvia et al (2008) se presenta en detalle la metodología utilizada para ajustar los resultados de las encuestas y las diferencias en las estimaciones para cada indicador.

⁹ Si bien se reconoce que esta política deliberada de desarticulación habría comenzado con las políticas implantadas por la última dictadura militar, la etapa decisiva en su consolidación ocurre durante la década de los 90.

generando un incremento sustantivo del tipo de cambio real, lo cual permitió lograr un rápido e importante superávit comercial y fiscal. La crisis se acompañó de un crecimiento del desempleo y una amplia caída de los ingresos reales de los trabajadores que eran en abril de 2002 un 22% inferiores a los del año 2001, y en septiembre de ese año habían caído hasta un 29% respecto del comienzo de la década de los noventa, aún sin considerar en este cálculo los ingresos de los beneficiarios de planes de empleo (Beccaria, 2008).

Llegado a este escenario, y bajo un contexto de precios internacionales favorables para las exportaciones primarias, se inició una fase de recuperación de la actividad productiva, del consumo interno y de las finanzas públicas apoyada por el impulso de las exportaciones y de una re-sustitución de importaciones manufactureras, todo lo cual generó una recuperación de la demanda agregada de empleo. En este segundo momento, las remuneraciones reales de los trabajadores se recuperaron producto entre otros factores, de una política activa de intervención del estado mediante incrementos en el salario mínimo¹⁰. Además, la misma se concentró especialmente en el segmento protegido del mercado de trabajo aumentando, como se verá, las brechas de ingresos.

Este cambio de régimen macroeconómico ha significado un crecimiento continuado de producto bruto interno a un promedio de casi 9% anual durante el período 2003-2007. Este desempeño económico y su impacto directo sobre el empleo parecen sostenerse gracias al mantenimiento de un tipo de cambio real competitivo, en un contexto de amplio superávit primario y de recuperación del mercado interno a través de actividades de baja o mediana productividad.

En materia de empleo, este período de crecimiento económico permitió llegar al segundo semestre de 2006 con una mayor demanda de empleo que en el momento de máximo crecimiento del modelo de la convertibilidad. Extrañamente, este retroceso se explica fundamentalmente por una caída de la tasa de desocupación abierta, y, en menor medida, por una caída en el subempleo. Este proceso tiene como marco un

¹⁰ Sin embargo, a pesar que el ingreso promedio de los trabajadores creció 32% en términos reales entre el año 2002 y el 2006, este avance no logró compensar totalmente la caída registrada en el momento de la crisis, por lo cual los niveles seguían todavía aproximadamente 7% por debajo de los registrados a fines de 2001 (Beccaria, 2008).

aumento en la participación laboral de la población adulta de al menos dos puntos porcentuales entre octubre de 1998 y el segundo semestre de 2006.

TABLA 1 AQUÍ

Para evaluar este desempeño vamos a estudiar los cambios en los perfiles sectoriales, la calidad de la inserción laboral de la fuerza de trabajo, y los niveles de desigualdad con que opera la estructura social del trabajo en este período. Desde esta perspectiva, en las siguientes secciones intentamos responder ¿en qué medida el agotamiento y salida del modelo de convertibilidad acarrea un cambio en la estructura social del trabajo? O, por el contrario, ¿en qué medida, se mantiene vigente hasta el momento, una organización económico-sectorial desigual, con un polo informal marginal y con mercados de trabajo segmentados en cuanto a sus rasgos estructurales y modos de funcionamiento?

3. Estrategia metodológica para el abordaje de la heterogeneidad sectorial y la segmentación socio-ocupacional

En función de dar respuesta a las preguntas planteadas, se hace a continuación un análisis comparativo de cuatro momentos “testigos” del proceso histórico reciente de nuestro país (1998, 2001, 2003 y 2006). Para cada uno de ellos se analizan tasas de participación, medidas de incidencia y brechas relativas de ingresos laborales correspondientes a diferentes sectores económico-ocupacionales y formas de inserción en el mercado laboral. La población objeto de estudio comprendió a la población de 18 años y más en estado de ocupación, desocupación o inactividad por “desaliento”¹¹.

En trabajos anteriores (Salvia 2003, Salvia; Fraguiglia y Metlika; 2006, Comas y Stefani 2007; Salvia, Comas y Stefani, 2007) se puso de relieve la pertinencia de un análisis diferenciado entre la inserción sectorial-ocupacional de la fuerza de trabajo en tanto expresión de la heterogeneidad estructural a nivel sectorial y ocupacional

¹¹ Este recorte obedece al comportamiento diferencial que mantienen respecto del trabajo las personas menores de 18 años, las últimas tres décadas muestran crecientes niveles de inactividad conforme se ha ido ampliando la obligación escolar, y vinculada a esto, las limitaciones para celebrar contratos de trabajo antes de completar la instrucción obligatoria (Gutiérrez, 2007).

(empleo asalariado y no asalariado en sectores formal, informal y público) y la forma de participación y la calidad de los puestos (empleo estable, precario y marginal, subempleo y desempleo en sus distintas formas) -como reflejo de la heterogeneidad de los mercados de trabajo urbanos y el funcionamiento segmentado del mismo-. Ambas dimensiones permiten componer una matriz económico-ocupacional a partir de la cual se hace posible reconocer aspectos teóricos y empíricos. Para tal objetivo se han elaborado dos variables agregadas que pretenden dar cuenta de ambas dimensiones utilizando los microdatos de la EPH-INDEC:

(i) Estructura sectorial-ocupacional del empleo (expresión de la heterogeneidad económica de la estructura ocupacional), cuyo significado conceptual más acabado cabe buscarse en los criterios analíticos formulados por Pinto (1970, 1976), y retomados por el PREALC (1978), la cual postuló –en el marco de los programas de la OIT (1983)- la utilización del tamaño del establecimiento y la calificación de la tarea como indicadores proxy de productividad e integración económica a los proceso de modernización (sectores público, forma e informal de la economía).¹² En esta ocasión, condicionados por las limitaciones metodológicas y muestrales, las categorías factibles de construcción y comparación válida para los cuatro años tomados como ventanas de estudio fueron: 1) asalariados del sector público; 2) ocupados en planes de empleo; 3) no asalariados de empresas o negocios formales (a cargo de tareas profesionales o en establecimientos con más de 5 ocupados); 4) asalariados de empresas o negocios privados formales (a cargo de tareas profesionales o en establecimientos con más de 5 ocupados); 5) cuenta propia no profesionales y patrones de microempresas (con hasta 5 ocupados); 6) asalariados y trabajadores familiares de microempresas (establecimientos con hasta 5 ocupados); 7) asalariados y no asalariados que trabajan para hogares (servicios domésticos a hogares).

¹² Esta dimensión constituye una expresión del tipo de formas de acumulación, organización productiva y marco institucional que sirven a dar forma a un régimen social de acumulación. Se asume aquí el supuesto teórico de que una composición sectorial heterogénea del sistema económico-ocupacional –bajo el predominio de un capitalismo monopólico- generan procesos divergentes de reproducción social y funcionamiento de los mercados laborales. En buena parte de la literatura, tal composición tiende a reproducir la separación entre un sector “dinámico”, “estructurado” o “formal” – liderado por el sector más concentrado de la economía- y un sector “tradicional”, “no estructurado” o “competitivo” – constituido por pequeñas y medianas empresas o emprendimientos de subsistencia-, alejando cada vez más a éste último de un escenario del desarrollo económico y progreso social (Pinto, 1970, 1976; PREALC 1978; Kritz 1988; Tokman 1978, 1994, 2000; Nun, 1999).

(ii) Segmentos sociales del mercado laboral (como indicador de la segmentación de las relaciones de mercado a nivel laboral), donde se retoman perspectivas teóricas empleadas para diferenciar distintos componentes económicos, instituciones y modos de funcionamiento de los mercados de trabajo (segmentos primarios o estables para mercados internos y segmentos secundarios o inestables para mercados externos), los cuales se comportan según ciclos económicos, estructuras sectoriales de acumulación y estrategias desplegadas por los agentes (Kerr, 1954; Piore, 1975).¹³ En este caso, también condicionados por las limitaciones metodológicas y muestrales, las categorías factibles de construcción para los cuatro años tomados como testigos son: 1) empleos del segmento primario (empleos a tiempo completo o parcial pero con estabilidad laboral, inscripción en la seguridad social e ingreso mínimo garantizado); 2) empleos del segmento secundario (empleos a tiempo completo o parcial sin estabilidad laboral o cobertura social pero con ingresos por sobre los mínimos de subsistencia); y 3) trabajos del segmento marginal (trabajos generalmente a tiempo parcial, sin protección laboral ni cobertura social y con ingresos por debajo de los mínimos de subsistencia).¹⁴ Finalmente, cabe señalar que el esquema categorial utilizado integra al análisis de la segmentación tres componentes de la desocupación: el desempleo reciente (menos de 6 meses de búsqueda), estructural (más de 6 meses de búsqueda) y desaliento (inactivos que no buscan porque no creen encontrar un trabajo).

A partir de conjugar ambas dimensiones, la estructura social del trabajo puede ser descrita a través de una matriz económico-ocupacional de doble entrada definida, por

¹³ De esta manera, se aplican aquí argumentos teóricos desarrollados por el enfoque institucionalista norteamericano. De acuerdo con esta corriente, no existe un mercado de trabajo sino diferentes mercados que funcionan bajo modos y marcos institucionales distintos. Estos mercados se apoyan y reproducen segmentos socio-ocupacionales en donde se hacen evidentes distintas formas de inserción, relaciones laborales y calidad de los puestos de trabajo: el sector primario con salarios relativamente elevados, buenas condiciones de trabajo, estabilidad, cierta regulación de la carrera profesional mediante procedimientos establecidos; en oposición a un sector secundario con salarios peor pagados, condiciones de trabajo poco óptimas, relaciones jerárquicas informales, inestabilidad del empleo y elevada rotación con consecuencias de caídas reiteradas en el desempleo (Piore, 1975).

¹⁴ La canasta familiar de indigencia se definió como los ingresos de la ocupación principal de un trabajador necesarios para cubrir las necesidades alimenticias básicas de una familia tipo para lo cual se utilizó la Canasta Básica Alimentaria (CBA) elaborada por el INDEC, estimando los valores de cada semestre como promedio simple de los valores mensuales de la CBA correspondiente a los semestres de referencia.

una parte, a través de un componente que representa la estructura sectorial y las categorías ocupacionales de inserción de la fuerza de trabajo; y, por otra, a través de una variable que reconoce las diferentes formas de segmentación y utilización de la fuerza de trabajo. A una mayor heterogeneidad estructural es de esperar mayor segmentación socio-laboral, de manera independiente de los ciclos económicos, lo cual debería expresarse en consecuencias negativas en materia de capacidades de integración y movilidad social por parte de los segmentos laborales más afectados.

4. Cambios en la composición sectorial y en los segmentos del mercado de trabajo

Tal como hemos mencionado, si bien es de esperar que la segmentación socio-ocupacional de los mercados de trabajo sea una consecuencia directa del tipo de organización productiva, no debería ser así en el caso de las variaciones en el volumen de fuerza laboral empleada, los niveles de remuneración alcanzados y los excedentes de fuerza de trabajo, lo cuales pueden variar acompañando las fluctuaciones macroeconómicas. En función de evaluar este modelo conceptual, la tabla 2 muestra las distribuciones que registra esta variable (tanto a nivel de la población económicamente activa ampliada como de la fuerza laboral ocupada) para cada uno de los años analizados.

TABLA 2 AQUI

1) Los datos ajustados muestran que durante el período recesivo que se inicia en 1998 y finaliza en 2001, tal como era de esperar, el aumento verificado en la tasa de desempleo implicó una fuerte retracción del empleo en general, pero sobre todo del segmento primario, incrementándose los excedentes relativos y absolutos de fuerza de trabajo. La participación de las ocupaciones estables cayó un 15%, al mismo tiempo que la de los empleos precarios sólo lo hizo en un 10% y la del segmento marginal o de subsistencia no experimentó cambios, experimentando incluso un aumento en términos absolutos a través del ingresos de trabajadores adicionales inactivos o por ocupados desplazados del segmento secundario. Como resultado de este proceso, el empleo en segmento secundario y las ocupaciones marginales aumentaron su participación relativa al interior de la fuerza laboral ocupada. Al mismo tiempo, en el total de la fuerza de trabajo ganaron especial participación tanto los desocupados

recientes (9% a 13%) como estructurales (de 7% a 12%) y desalentados (de 3% a 4%).¹⁵

2) La comparación entre octubre de 1998 y el primer semestre de 2003 - metodológicamente ajustada a través del empalme de fuentes- muestra el fuerte impacto que generaron la crisis de la convertibilidad y la devaluación sobre el segmento de empleo primario e, incluso, sobre el segmento secundario. Al mismo tiempo que, junto a un nuevo crecimiento de la oferta de fuerza de trabajo, se reduce el desempleo y creció notablemente la ocupación en el segmento marginal del empleo. Esta situación dejó a casi el 70% de la fuerza de trabajo en situación relativa o absoluta de exclusión del mercado más integrado. Por lo mismo, la participación del segmento primario del empleo pasó de un 49% a un 39% en el total de ocupados. Asimismo, la participación del desempleo estructural cayó entre 2001 y 2003 de 12% a 10% y la del desempleo de corta duración de 13% a 8%. Asimismo, el peso del desempleo por desaliento cayó nuevamente al 3%. De esta manera, a nivel general, la desocupación cayó entre año y otro casi 8 puntos porcentuales, lo cual tal como vimos fue fundamentalmente absorbido por el segmento marginal del empleo.

3) En el contexto de las nuevas reglas macroeconómicas post-devaluación, la situación ocupacional en el segundo semestre de 2006 registra una descenso en el desempleo y una mejora sustantiva de la tasa de ocupación. En este contexto, el empleo en el segmento primario recupera su participación inicial –con respecto a 1998-, a la vez que el empleo en el segmento secundario se retraer a favor de los empleos en el segmento marginal. El segmento primario del empleo pasa a representar nuevamente el 50% del total del empleo de los mercados laborales urbanos. Esta recuperación se hizo a partir de la incorporación de nuevos trabajadores pero también gracias a la reinserción de sectores desplazados al desempleo y del segmento secundario. Al mismo tiempo, el descenso que tuvo lugar tanto en la participación general como específica del segmento secundario en comparación con

¹⁵ Cabe señalar que si bien a priori las situaciones de desempleo pueden corresponder a ocupados que salen de cualquiera de los segmentos considerados, la persistencia del desempleo se asocia principalmente con una mayor probabilidad de pasar a engrosar el conjunto de inactivos previo paso por el desaliento. Si bien no es este el lugar para profundizar sobre este aspecto, cabe señalar que la literatura considera a la duración de la condición de desempleado uno de los principales factores explicativos del desaliento (Llovet, et al., 2006).

1998 (paso de 31% a 27% y de 38% a 32%, respectivamente) se debió fundamentalmente, al incremento que una vez más, experimentó el segmento marginal de subsistencia: la participación relativa del segmento marginal hacia el segundo semestre de 2006 logró casi duplicarse (de 9% a 16% de la fuerza de trabajo y de 11% a 19% de los ocupados). En consecuencia, el período de recuperación económica –bajo el nuevo modelo macroeconómico- recompuso sólo parcialmente la estructura de participaciones de los distintos segmentos, a la vez que aumentó la polarización a su interior. Esto es, si bien el empleo estable recuperó el espacio perdido, el empleo de subsistencia pasó a ser en 2006 la alternativa obligada –como se dijo- para 2 de cada 10 trabajadores (19%)-, crecimiento que se produjo a costa del retroceso de los segmentos secundarios; e decir, las oportunidades de empleo en los mercados de trabajo secundarios y de libre competencia son en 2006 más precarias e indigentes en materia de remuneración que durante el programa de convertibilidad.

Por otra parte, tal como hemos mencionado más arriba, el análisis de la composición sectorial, constituye un proxy al grado de profundización de la heterogeneidad sectorial a nivel del mercado de trabajo. Tal heterogeneidad expresa la separación entre un sector monopólico o dinámico de la economía y un sector no estructurado, competitivo y de subsistencia, alejando cada vez más a éste último del escenario del desarrollo económico y la movilidad social. En este sentido, cabe preguntarse en qué medida los cambios ocurridos durante el período analizado (1998-2006), afectaron la composición sectorial de la ocupación en términos estructurales. De acuerdo con este planteo, se analizan los cambios en el sector público, en el sector privado y finalmente, el empleo en hogares (Ver tabla de definiciones operativas en el anexo).

1) Comenzando por un balance general, se puede observar que, durante la fase recesiva que se extiende hasta el año 2002, el empleo público, tanto al interior de la fuerza laboral ocupada como respecto al total de la fuerza de trabajo se mantuvo relativamente estable. Lo mismo sucede con el empleo público de asistencia. Sin embargo, esta situación cambia durante la crisis: la implementación masiva de programas de empleo durante la crisis, alcanzó su máxima injerencia en el año 2003, momento signado por los efectos socio-económicos de la crisis y el “despegue” del crecimiento económico (en términos de crecimiento del PBI). Estos cambios se expresaron en un importante incremento del empleo público de asistencia, que pasó

de valores cercanos al 1%, a porcentajes del 5% sobre el total de la fuerza de trabajo y del 6% al interior de la fuerza laboral ocupada en 2003. En el año 2006, cabe destacar el significativo descenso del empleo público de asistencia, el cual representaba en 2006, el 1,7% del total de ocupados, y el 1,6% población económicamente activa. Mientras tanto, el empleo público regular no mostro cambios significativos.

2) En el año 1998 el sector privado formal alcanzaba al 39% de la ocupación. Hacia el final del ciclo de la convertibilidad, para el año 2001, su participación había descendido al 35%. El trabajo asalariado al interior del sector, demuestra una tendencia negativa en este período (categoría que pasó de concentrar el 35% de la ocupación en 1998, a concentrar el 32% en 2001). Para el año 2003 el peso relativo de los asalariados formales sigue descendiendo hasta alcanzar el 29% de la ocupación total. Esto demostraría, como efecto de la crisis, una dinámica de expulsión de la mano de obra asalariada del sector hacia otros sectores (público o microempresas), que repercutió en un descenso del sector en su conjunto de 6 puntos porcentuales (39% en 2001 al 33% en 2003). En cambio, en el período de crecimiento (2003-2006) el sector registró una tendencia positiva, tanto en su participación general como en cuanto al trabajo asalariado. Para el año 2006, los empleos insertos en el sector formal, retomaron los valores cercanos al año 2001, alcanzando el 35% de la ocupación total. El trabajo asalariado formal concentraba al 32% de los ocupados, mientras que la categoría que agrupa a los empleadores de establecimientos formales y a los cuenta propia con calificación profesional se mantuvo estable a lo largo de todo el período (1998-2006) (en el orden del 4% sobre el total de ocupados).

3) La participación de las microempresas en el empleo, se mantuvo en valores cercanos al 40% de la fuerza de trabajo durante todo el período (1998-2006), y en valores superiores al 45% si consideramos sólo a los ocupados. Es decir, nada parece haber cambiado sustancialmente en la composición sectorial del empleo, a pesar de la crisis, la devaluación y el cambio de modelo macroeconómico-institucional. Esta tendencia se refuerza, al observar el comportamiento de las categorías ocupacionales que componen la informalidad. (Ver Tabla 3)

TABLA 3 AQUI

En función de los datos obtenidos, el análisis sectorial entre las puntas del período (1998-2006), constituye un claro indicador de la persistencia y profundización de la heterogeneidad estructural. Si bien durante el último período el empleo presentó un importante nivel de crecimiento, en particular el empleo asalariado en el sector formal, paralelamente a este proceso de formalización, el peso del micro empleo entre los ocupados continúa manteniendo significativos niveles de participación. Cabe destacar que esta persistencia en la participación del sector formal puede ser efecto de población que quedó desempleada durante la crisis y que bajo el nuevo contexto recuperó un empleo en el sector estructurado. Pero aun considerando este factor, los datos demuestran la persistencia de una estructura ocupación heterogénea, hipótesis que se refuerza al observar el comportamiento de las categorías del sector no moderno, particularmente el comportamiento de la categoría de patrón y cuenta propia.

5. Evolución de los segmentos socio-ocupacionales al interior de cada sector

Los datos presentados hasta ahora han descrito los cambios ocupacionales entre segmentos socio-ocupacionales y sectores de inserción laboral, tomando cada una de estas dimensiones por separado. Ahora bien, para explorar la hipótesis de la existencia del papel esencialmente subordinado por parte de la dinámica laboral y la desigualdad distributiva a condiciones estructurales, más que a coyunturas o políticas macroeconómicas, cabe detenerse en la evolución que experimentaron los segmentos socio-ocupacionales al interior de los distintos sectores económicos.

Este tipo de análisis nos remite más directamente a evaluar, al menos a nivel descriptivo, el comportamiento de la matriz socio-económica ocupacional a la luz de la tesis de la existencia de una heterogeneidad estructural que acota el alcance de aquellas medidas macroeconómicas orientadas a la creación de puestos de trabajo a través del mercado interno. Al respecto, nos preguntamos, en primer lugar, si las tendencias arriba identificadas en cuanto a la invariante –o, incluso, crecimiento- que presenta la segmentación de los mercados de trabajo se explica o especifican al evaluar cada sector de inserción económico-ocupacional por separado.

1) Para el sector público no asistido –nacional, provincial y municipal- (Cuadro 4), el empleo de buena calidad del segmento primario registró un aumento entre 1998 y 2001, representando casi el 88% de la ocupación en el sector. Los trabajados de

indigencia tuvieron una incidencia muy marginal durante ambos años (2%). Pero después de la devaluación, en el segundo semestre de 2003, tuvo lugar una reducción de diez puntos porcentuales, cayendo su participación al 78%, y esto debido, fundamentalmente, a un aumento de puestos precarios y a una caída en las remuneraciones por debajo de la canasta familiar de indigencia. Sin embargo, si bien en la fase expansiva post-devaluación el empleo estable logró recuperarse, esta mejora fue parcial (85% en 2006), quedando su participación por lo tanto por debajo de la alcanzada durante los años de convertibilidad, a la vez que con un leve aumento en los empleos precarios.

Por su parte, el sector público asistido por los programas de empleo –nacionales, provinciales o municipales- (Tabla 5) –al cual hemos considerado por separado- representó claramente durante la fase de convertibilidad una opción de empleo de tipo precario (de 86% a 88%), mientras que durante al inicio del crecimiento post-devaluación tuvo lugar una importante reducción de esta categoría debido a un significativo aumento de la participación de los trabajos indigentes (72%) como resultado de un aumento agregado de tales empleos –gracias al Programa Jefes y Jefas de Hogar Desocupados lanzado en 2002- con remuneraciones por debajo de la canasta familiar de indigencia. En el segundo semestre de 2006, junto a una caída de los empleos de este sector, se observa una mejora relativa a favor de los empleos precarios (39%).

TABLA 4 Y 5 AQUI

2) En cuanto al comportamiento del sector formal observamos que, durante la etapa de convertibilidad (Cuadro 6), la evolución del empleo en el segmento primario alcanzó niveles de participación superiores al 70% (subiendo incluso de 70% a 74% durante la fase recesiva). Pero con la crisis generada por la devaluación, su participación en el segundo semestre de 2003 cayó de manera significativa a un 56%. Sin embargo, luego de cuatro años de crecimiento sostenido bajo el nuevo régimen macroeconómico, el empleo en el segmento primario no ha logrado superar los valores de la fase anterior, llegando en 2006 al 69%, a la vez que no se registran cambios significativos en los componentes precario y marginal del sector público. Dicho en otros términos, el sector formal, con participación activa en el actual proceso de acumulación, no sólo no ha crecido en términos relativos sino que

continúa conteniendo segmentos no primarios relativamente importantes, sin registrar cambios significativos con respecto a la situación existente durante la convertibilidad. Un aspecto relevante a tener en cuenta es que la evolución del segmento primario en este sector presenta comportamientos diferenciados según categoría ocupacional asalariada o no asalariada. En este sentido se observa que, si bien entre 1998 y 2001 se incrementan en ambas categorías los empleos estables en porcentajes similares, al momento de la crisis los más afectados fueron los obreros y empleados reduciendo su participación en este tipo de empleo en un 21% (16 puntos porcentuales). Mientras que, en la categoría de empleadores y cuenta propia, la contracción alcanzó sólo un 8% (5 puntos porcentuales). De este modo, la participación porcentual de los asalariados del sector formal –lo cuales constituyen la mayor parte de los trabajadores del sector-, aún luego de la consolidación de la fase económica expansiva, todavía no ha alcanzado los niveles de participación en empleos estables y protegidos de 1998 (de un 70% en ese año, su participación pasó al 68%). Por el contrario, para la categoría de empleadores y cuenta propia profesionales, el porcentaje de empleos estables en 2006 supera los valores de 1998 (a pasado de 69% a 72%) (ver cuadro A.2 en anexo).

TABLA 6 AQUÍ

3) En cuanto al comportamiento del sector informal se observa en general un crecimiento de los segmentos secundarios y marginales, es decir, predomina la tendencia hacia una mayor homogeneización del sector alrededor de empleos precarios y trabajos de indigencia (tabla 7). Por lo mismo, la capacidad de generar buenos empleos por parte del sector informal no sólo no mejoró durante el nuevo régimen macroeconómico, sino que se redujo de manera importante durante dicho período. En efecto, al respecto se observa que la participación del segmento primario en el sector cayó durante la fase recesiva de la convertibilidad de un 35% a un 29%; a la vez que durante la nueva fase macroeconómica, cayó en 2003 a 19%, para luego subir a un 24% después de cuatro años de crecimiento económico. Al mismo tiempo, se observa que el empleo precario no experimentó entre puntas cambios significativos, con lo cual lo que se observa es tanto un aumento absoluto como relativo de los empleos de indigencia en el segmento marginal.

En el análisis según categorías ocupacionales informales observamos que, durante la etapa recesiva 1998-2001, el peso del empleo estable disminuyó tanto para la categoría de empleadores y cuenta propia como para la de obreros y empleados. Pero si bien esta situación mejoró para ambas categorías después de la devaluación, la situación continuó en ambos casos siendo crítica. Al respecto se destaca –en 2006– que los patrones y cuenta propia informales con empleos de calidad representan sólo el 34%, mientras que el 66% son empleos precarios o de indigencia (33% y 33% respectivamente). La situación de los asalariados en este sector es aún más desfavorable, ya que para esta categoría los empleos estables representa el 21%, al tiempo que los empleos precarios y de indigencia concentran casi el 80% de la participación. Según esto, en ningún caso el nuevo modelo macroeconómico logró retornar a los valores del momento previo a la fase de recesión del modelo de convertibilidad (ver Cuadro A3 del anexo).

TABLA 7 AQUI

6. Brechas de ingresos entre segmentos y sectores

Los cambios observados en la composición sectorial y el peso de los segmentos de la estructura social del trabajo no tendrían necesariamente que suponer un aumento de la desigualdad económica entre segmentos y sectores, en tanto las remuneraciones pagadas u obtenidas en los mismos podrían haberse comportado de manera relativamente independiente a los cambios en sus magnitudes. Por lo tanto, cabe preguntarse ¿en qué medida estas diferencias socio-ocupacionales se expresan en efecto en una mayor segmentación de las remuneraciones laborales?

En primer lugar, se debe señalar que las brechas de ingresos de la ocupación principal muestran que los ocupados del segmento primario fueron sistemáticamente favorecidos durante las diferentes fases económicas; incluyendo la actual fase económica, en la cual debido a la recuperación de los buenos empleos, la brecha de ingresos pasó a ser sensiblemente superior a la existente en 1998 (de 39,5% pasó a 46,6%). En segundo lugar, las brechas de ingresos de los empleos precarios y marginales mantienen una elevada distancia con respecto al promedio. Los trabajos marginales siguen recibiendo un tercio del ingreso promedio, siendo su participación relativa en el total del empleo hacia el año 2006 de casi el doble con respecto a la situación de 1998.

En definitiva, mal que le pese a las corrientes que enfatizan la emergencia de un nuevo régimen de empleo detrás de la coyuntura económico-ocupacional post crisis, los empleos del segmento primario continúan siendo los únicos privilegiados en materia de distribución del ingreso – al menos no encontramos argumentos para sostener lo contrario. Es evidente que el modelo económico-institucional post-devaluación tiene similar dificultad para arrastrar hacia los mercados más dinámicos e integrados a los empleos del segmento secundario y marginal, y para disminuir las brecha de ingresos entre estos y los empleos del segmento primario.

A igual que en el caso de los segmentos socio-ocupacionales, cabe también esperar que bajo condiciones de heterogeneidad estructural las remuneraciones se distancien con respecto a la media según el sector y categoría económico-ocupacional. En efecto, entre 1998 y 2001 las brechas de ingreso se amplían entre los tres sectores analizados: de manera positiva para el sector público y para el sector privado formal, y de manera negativa para el empleo privado en microempresas. En 2003, después de la crisis y con el inicio de la fase de crecimiento, si bien cayó la brecha del sector público (sin programas de empleo), casi no experimentó cambios la brecha de remuneraciones del sector de microempresas, a la vez que aumentó positivamente de manera importante la brecha del sector formal (al 28%). Y durante la fase de crecimiento, si bien la brecha del sector privado formal tendió a caer respecto al promedio de remuneraciones (aunque quedando en valores superiores a los de 1998), no ocurrió lo mismo para el sector público ni para el sector privado de microempresas. En este caso la brecha alcanzó valores aún superiores a los del peor momento de la fase recesiva: mientras estos empleos remuneraban un 34% por debajo del promedio de ingresos, en 2006 lo hacen un 40% por debajo de dicho nivel. Este comportamiento diferenciado de las brechas de ingreso sectoriales, confirma las desigualdades estructurales que presenta cada sector de manera independiente de los ciclos y las políticas económicas, lo cual se hace incluso más evidente cuando se comparan las principales categorías laborales al interior y entre sectores económico-ocupacionales. (Salvia et al, 2008).

Al interior del sector público, se verifica que la segmentación socio-ocupacional al interior del sector público -lejos de reducirse- tendió a mantenerse o, incluso, a aumentar entre 1998 y 2006. Un comportamiento similar ocurrió entre las remuneraciones del sector formal: el crecimiento entre puntas que registró la brecha

de ingresos en este sector se explica a partir de una ampliación de las brechas internas entre segmentos socio-ocupacionales de empleo. Finalmente, en el sector de microempresas podemos observar que la evolución de los ingresos fue diferente: la brecha de ingresos del segmento primario se ubicó casi todos los años –a excepción de 2001- apenas por encima de la media general de ingresos, mostrando así –a igual que lo que sucede en los segmentos primarios del sector público y privado formal- el predominio sectorial sobre la determinación de los ingresos. En cuanto al segmento secundario se observa que la brecha en este caso se mantuvo siempre por debajo de la media general, ubicándose incluso al final del período en valores inferiores aún más alejados que en 1998 y 2001. Al mismo tiempo, el segmento marginal del sector informal casi no experimentó cambios, manteniéndose como el segmento con mayor pobreza y distancia relativa con respecto al promedio general.

Es decir, el sector informal no sólo mantiene su peso relativo, a la vez que aumentó su participación absoluta, sino que además sus remuneraciones están ahora más lejos de lograr un equilibrio con respecto a su pares públicos y privados formales. Si tenemos en cuenta esta dinámica, corresponde decir que el aumento sectorial de las brechas de ingresos implica una profundización de la desigualdad, no sólo con la crisis, sino también, incluso, con la actual fase de crecimiento económico bajo nuevas reglas económico-institucionales.

TABLA 8 AQUÍ

7. Estimación del cambio en la determinación del ingreso por las condiciones de heterogeneidad estructural

La evidencia presentada invita a indagar la capacidad explicativa de las condiciones estructurales sobre las brechas de ingreso observadas, frente a la influencia señalada por la literatura de las características socio-demográficas personales. Mediante un modelo tipo Mincer, puede aducirse que el ingreso resulta de una función de regresión en la cual la educación, el sexo y la edad constituyen predictores relevantes. Otra vía para abordar este problema ha sido ajustar el modelo de Tam (1996), formulado inicialmente para analizar la influencia del género en las brechas de ingresos. En este ejercicio, optamos por utilizar este último modelo para conocer en qué magnitud la brecha inversa de ingresos de los trabajadores informales está

afectada por un conjunto de características sociodemográficas relevantes (ver Anexo Metodológico). Del mismo modo, se evaluará la ventaja relativa proveniente de pertenecer al sector informal respecto a desempeñarse en puestos formales. Este modelo resulta particularmente aplicable dado el tipo de variable categorial utilizada, que a estos fines ha sido dicotimizada en términos de informal o no informal (formal/público).

El ejercicio constó en la comparación de 6 modelos, empezando por la estimación del efecto del sector e incorporando en forma sucesiva otras variables: sexo, edad, educación, región (considerando al Gran Buenos Aires vs. el resto del país), segmento de inserción (primario o no primario), y finalmente la influencia de la pertenencia conjunta al sector informal y al segmento no primario del mercado de trabajo¹⁶.

La modelización permite observar la desventaja relativa que representa la inserción en un puesto informal en todo el período y considerando tanto este factor en forma aislada como junto a otros predictores reconocidos de los ingresos laborales.

El modelo que incluye sólo al sector de inserción muestra que la desventaja de pertenecer a la informalidad implica una brecha de casi -60% en los ingresos del año 1998, situación que lejos de mejorar se acentúa hacia el año 2006 (-74%). Los modelos sucesivos ensayados mantienen la brecha negativa de la informalidad si bien esta se reduce considerablemente al incluir en el modelo la pertenencia al segmento no primario.

Esto no indica que el capital humano no mejore los ingresos laborales (de hecho, la brecha es positiva para aquellos con educación secundaria completa o superior en todos los modelos) pero permite observar que, sin considerar los efectos de la segmentación, ambos efectos tienen similar importancia sobre la distribución de ingresos: en el modelo 2, la brecha para los ocupados con educación alta es de 57% respecto al resto. Asimismo, el sexo femenino (-24%) o la ubicación en el Gran Buenos Aires (-19%) son factores con incidencia comprobada en las brechas de ingresos. (ver tablas anexo)

TABLA 9A AQUI

¹⁶ En el anexo se presenta un detalle de las variables introducidas en los modelos y las ecuaciones empleadas.

Este panorama general se especifica al comparar los modelos para distintas categorías ocupacionales. Entre los asalariados, la brecha entre los puestos modernos y los pertenecientes a microempresas aumenta considerablemente desde el año inicial (1998), aunque esto parece obedecer primordialmente a un cambio en el comportamiento salarial del segmento primario antes que a cambios en el capital humano de la fuerza de trabajo. Pero entre los no asalariados, las brechas se mantienen de 1998 a 2006 prácticamente en los mismos niveles para el modelo saturado, aunque se observa una disminución en la desventaja asociada a la informalidad al incluir en el modelo el segmento que nuevamente concentra una parte sustancial de la explicación de las brechas.

Cabe señalar que entre los no asalariados la desventaja de las mujeres es mayor que entre las asalariadas (en línea con lo observado por Salvia, Tuñón, 2007) aún controlando los factores vinculados a la edad, la educación, la región y la pertenencia sectorial (modelo 2), fenómeno que se repite en 1998 y 2006.

El ejercicio ensayado permite ponderar la **persistencia de la brecha de productividad entre el sector concentrado y los puestos en micro empresas**, que en gran parte (la desventaja cae aproximadamente a la mitad) responde a la preeminencia de puestos estables del segmento primario dentro del sector moderno, en tanto la participación de este tipo de empleo es minoritaria en el resto de los sectores. Este factor condiciona la acción de las instituciones del mercado de trabajo sobre los salarios, proceso que se habría revitalizado a partir del año 2003, permitiendo recuperar parte del terreno perdido por el salario durante los años de salida del régimen de convertibilidad.

TABLA 9B y 9c AQUI

8. Discusión final

En este artículo se han abordado los cambios en la conformación del mercado de trabajo y la influencia de la heterogeneidad estructural de la economía sobre su evolución. El enfoque utilizado sostiene la estrecha relación entre la vigencia de una matriz económico-institucional heterogénea, desigual y subordinada a las dinámicas del capitalismo financiero globalizado, con el funcionamiento segmentado de la estructura socio-ocupacional y la desigualdad de ingresos. En este esquema, la

marginalidad, la informalidad y la exclusión pueden verse como emergentes de la heterogeneidad estructural que caracteriza a la economía argentina.

El ejercicio estadístico se basó en un riguroso pero novedoso ejercicio metodológico de empalme, que apuntó a salvar las limitaciones en los procesos de cambio y ajuste de las estadísticas oficiales sobre el mercado de trabajo, que con poco tino, se pusieron en práctica en el marco de la mayor crisis de la historia reciente argentina. Esto no deja de ser parte de la expresión del deterioro del Estado, que se auto limita en sus posibilidades para evaluar el pasado reciente.

El comportamiento de los indicadores agregados del mercado de trabajo indica que las políticas desarrolladas en la última fase de crecimiento económico que experimentara la Argentina, inédita por su magnitud, han sido favorables para la generación de empleo sin alterar los fundamentos estructurales de la dinámica de acumulación sostenida sobre dos sectores con dinámicas de funcionamiento y brechas de productividad / ingresos sustanciales, manteniéndose vigente una segmentación de los mercados laborales, puestos e ingresos según rasgos sectoriales no integrados en términos sistémicos. Esta conclusión general confirma la tesis que sostiene la importancia del régimen social de acumulación para delimitar las condiciones y posibilidades a partir de los cuales la fuerza de trabajo participa de actividades económicas laborales, o, en su defecto, queda marginada en calidad de superpoblación excedente relativa, a la vez que obligada a desplegar frágiles prácticas de subsistencia.

Por una parte, si bien es cierto que el crecimiento de los niveles de empleo plantea a priori un escenario positivo y diferenciado respecto a la década del 90, los datos indican que junto a la recuperación del segmento primario, también crece el segmento marginal abocado a la subsistencia. Estos sectores conforman una nueva marginalidad producto del desplazamiento de sectores “con antecedentes” de integración, que los distinguen de los sectores excluidos estructurales. Estos “nuevos pobres” han sido parte de una movilidad social ascendente que encontró su límite junto al modelo de industrialización desarticulado con las reformas estructurales de la década del 90. A principios de siglo, los marginados conforman ya un conjunto fragmentado de sectores y fracciones de diferente extracción.

Al respecto, hemos mostrado que entre 1998 y 2006 los empleos de indigencia casi duplicaron su participación. A su vez, se consolida **un sector privado informal**

altamente vinculado al segmento secundario y marginal de los empleos, con remuneraciones relativamente más bajas con respecto a la media del mercado. Mientras tanto, en el otro extremo, la existencia de un sector público de privilegio y un sector privado moderno, que van lentamente mejorando la calidad de sus empleos, se distancian del resto de la estructura socio-ocupacional.

Esta dinámica se refleja en un aumento de la brecha de los ingresos laborales entre los sectores. Los resultados de los modelos multivariados ensayados indican que persiste una desventaja relativa en los ingresos de las unidades productivas más pequeñas durante la post crisis, mientras que el sector moderno avanza apoyado en un marco institucional de protección y regulación pública que contó con el apoyo concurrente de las organizaciones sindicales. Cabe señalar que la ventaja que se condice con la preeminencia de puestos estables del segmento primario dentro del sector estructurado se mantiene aun controlando la influencia de las características sociodemográficas de los ocupados.

Queda en evidencia la insuficiencia del proceso de creación de empleo para resolver los problemas de integración y equidad configurados por el propio régimen social de acumulación, en el marco de una estructura heterogénea y segmentada. Destaca por el contrario, la vigencia de un comportamiento “pro-cíclico” del sector informal privado y específicamente su componente marginal, en el marco de reglas macroeconómicas e institucionales supuestamente orientadas al mejoramiento de las oportunidades de integración social. Asimismo, la desventaja recurrente en los ingresos del sector informal muestra los límites de las medidas de “reparación” hacia la clase trabajadora en el marco del régimen social de acumulación vigente..

Es decir, más allá de las mejoras que muestran algunos indicadores básicos, una mirada más analítica de la evolución del mercado de trabajo parece dar cuenta de una desigualdad estructural y socio-ocupacional persistente, con indudable impacto negativo sobre los procesos de polarización y exclusión social, frente a los cuales la dinámica de la acumulación capitalista bajo un régimen social de acumulación que se sustenta en una fuerte heterogeneidad del aparato productivo y la segmentación del mercado de trabajo no constituye una solución sino que sería una parte constitutiva del problema. Nuestro análisis pone en duda la vigencia de un nuevo “régimen de empleo” en tanto una nueva marginalidad, heterogénea en sus manifestaciones y sus génesis, continúa reproduciéndose al calor del “goteo” de esta nueva etapa de

integración a los mercados mundiales, afuncionalizada por acción del gasto público social y las propias estrategias de subsistencia que despliegan los hogares.

A nivel del mercado de trabajo, donde la clase obrera logró “marcar la cancha” durante buena parte del siglo XX, aún luego del cambio de las reglas macroeconómicas se consolida una estructura segmentada que debilita el conjunto mientras los “nuevos” consensos político-sociales no se terminan de articular en un programa capaz de revertir las consecuencias de la restauración neoliberal.

Si bien cabe reconocer que el período económico evaluado resulta breve para esgrimir argumentos concluyentes, consideramos que las tendencias analizadas en este artículo permiten intuir la dificultad para revertir los problemas de empleo, pobreza y desigualdad sin mediar un cambio en la orientación de las políticas.

La profundización de las desigualdades al interior de la estructura social del trabajo, plantea la necesidad de sostener una mirada profunda sobre los problemas estructurales del subdesarrollo y la marginalidad.

ANEXO METODOLOGICO

El modelo aplicado resulta de una adaptación ya propuesta por Salvia y Tuñón (2007) para el modelo de TAM (2006), y puede ser escrito de la siguiente manera:

$$[1] \quad \ln w_i = \beta_0 + \beta_1 G_i$$

donde $\ln w$ es el logaritmo del ingreso por hora corregido del i -ésimo individuo, G es una variable *dummy* con valor 1 para los varones, y b_0 y b_1 son coeficientes a estimar. En dicho modelo si b_1 es significativamente diferente de cero, estaremos en presencia de una brecha de ingresos por género. El signo de este coeficiente indica quiénes ganan más: los varones o las mujeres y permite estimar la diferencia porcentual observada.

Nuestro primer modelo reemplaza la variable género por la variable sector / segmento, ambas convertidas en variables dicotómicas como se detalla en la tabla más abajo.

El segundo modelo constituye una generalización de este modelo a través de una ecuación del tipo:

$$[2] \quad \ln w_i = \beta_o + \beta_1 G_1 + \beta_2 H_1 + \beta_3 I_i + O\Omega$$

en esta ecuación, H es una matriz que incluye las dotaciones de capital humano de los trabajadores (operacionalizada a partir de la educación) y I es el vector de parámetros a estimar asociado a dicha matriz a partir de las características socio-demográficas (sexo, edad y ubicación geográfica).

En un tercer modelo se incluye a la ecuación la pertenencia al segmento primario/estable de empleo, y asume la siguiente forma:

$$[3] \quad \ln w_i = \beta_o + \beta_1 G_1 + \beta_2 H_1 + \beta_3 I_i + \beta_4 J + O\Omega$$

donde J representa a la pertenencia al segmento primario. Finalmente, en un cuarto modelo incluimos la interacción entre la pertenencia al sector informal y al segmento precario/marginal del mercado de trabajo. En esta última ecuación, los efectos remanentes del componente G indican puestos estables dentro del sector informal.

$$[4] \quad \ln w_i = \beta_o + \beta_1 G_1 + \beta_2 H_1 + \beta_3 I_i + \beta_4 J + \beta_5 K + O\Omega$$

donde K representa la interacción sector * segmento.

Un detalle de las variables independientes incluidas en las regresiones puede encontrarse en la tabla A.1.

TABLA A1 AQUI

Los resultados examinados en el presente artículo surgen de procesamientos de la Encuesta permanente de hogares del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, (EPH/INDEC): ondas de octubre de 1998, 2001 en su modalidad “puntual” y segundos semestre de 2003 y 2006 en su modalidad continua. Además se excluyeron los aglomerados incorporados después de octubre de 1998. Finalmente, se utilizó una corrección por empalme para volver comparables las mediciones (Salvia et al, 2008).

Para las regresiones se consideró al universo de ocupados que declaran ingresos laborales horarios y excluyendo a los ayuda familiar sin salario. Se prefirió no incluir a quienes no declaran ingresos ya que para su estimación se incluyen habitualmente las variables cuya importancia queremos analizar en este documento, lo que podría aumentar artificialmente el poder explicativo de nuestro modelo. Por las mismas razones, se prefirió modelar sin ponderar los datos finales de la base.

Los coeficientes (B) generados a través del ajuste de los modelos 1 y 2 para estimar el efecto sector y segmentos sobre los ingresos laborales horarios fueron empleados para calcular las brechas de los ingreso logarítmicos. Aplicando algunas propiedades de los logaritmos, la brecha puede expresarse como:

$$\frac{\text{ing.formal o público} - \text{ing.informal}}{\text{ing.formal o público}} = (e^{\beta_1})^{-1}$$

Anexo tablas

TABLA A2 , A3, A4, A5, AQUI

Bibliografía

- Altimir, O., L. Beccaria (1999) *Distribución del Ingreso en Argentina*, Serie Reformas Económicas. N°40, CEPAL, Chile.
- Altimir, O., L. Beccaria y M. González Rozada (2002) “La distribución del ingreso en Argentina, 1974-2000”, Revista de laCEPAL, N° 78, Chile.
- Beccaria, L. (2002): “Reformas, ciclos y deterioro distributivo en la Argentina de los noventa”, presentado en la Jornada sobre mercado de trabajo y en la equidad en la Argentina, Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Beccaria, L. y Maurizio, R. (2005), *Mercado de trabajo y equidad en Argentina*. Prometeo, Bs. As. Argentina.
- CENDA (2005), “¿La vuelta de la industrialización sustitutiva?”, en El trabajo en Argentina. Condiciones y perspectivas. Informe trimestral, Centro de estudios para el desarrollo argentino.
- Doeringer, P. Y M. Piore (1975) “El Paro y el Mercado Dual de Trabajo”, en L. Toharia (comp.) El mercado de trabajo: Teorías y aplicaciones, Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- Félix, M. y Pérez, P. E. (2005), “Macroeconomía, conflicto y mercado laboral. El capital y el trabajo detrás de la política económica argentina posconvertibilidad”, en 3er. Seminario de Discusión Intensiva de Investigaciones, Programa de Estudios Socio-Económicos Internacionales, Buenos Aires.
- Gerchunoff, P. (2006): “¿Requiem para el stop and go?”, Buenos Aires. Seminario GESE-IAE-Universidad Austral y Escuela de Política y Gobierno (Universidad Nacional de San Martín).
- Gutiérrez Ageitos, P (2007) “El trabajo infanto-juvenil. Entre la inclusión laboral y la marginación educativa”. Ponencia presentada en “Jornadas de Sociología 50 años”, FSOC - UBA. Noviembre de 2007.
- Gordon, David; Edwards, Richard y Reich, Michael (1986). *Trabajo Segmentado, Trabajadores divididos*. Madrid: Ministerio del Trabajo y Seguridad Social.

- Kerr, C. (1954). *La balcanización de los mercados*. Versión en español de 1985. Ministerio del Trabajo y Seguridad Social. España.
- Lavopa, Alejandro (2005), “Heterogeneidad estructural y segmentación del mercado de trabajo evidencias para el caso argentino durante el período 1991-2004”. Ponencia presentada en “7º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo – ASET “Nuevos escenarios en el mundo del trabajo: rupturas y continuidades”.
- Lindenboim, J. (2003), “El mercado de trabajo en la Argentina en la transición secular: cada vez menos y peores empleos”. En: Lindenboim, J. y Danani, C. (coord): *Las reformas de las políticas sociales argentinas en perspectiva comparada*. Buenos Aires, Editorial Biblos.
- Lindenboim, J. (2001), “Mercado de trabajo urbanos en Argentina de los ‘90”, en Lindenboim, J. (comp.): *Crisis y Metamorfosis del Mercado de Trabajo. Parte 1. Reflexiones y diagnósticos*, Cuadernos del CEPED 4, CEPED, Facultad de Ciencias Económicas, UBA.
- Llovet, I; Dinardi, G; Llovet, D. (2006), “Fronteras borrosas: búsqueda pasiva y desaliento en la frontera de la actividad económica. La visión de los actores sociales.”, Nuevos Documentos CEDES, NRO25. Buenos Aires: CEDES. Disponible on line. (10/4/08) http://www.cedes.org/descarga/n_doc_cedes/25.zip
- Neffa, J., Battistini, O., Panigo, D. y P. Pérez (1999), «Exclusión social en el mercado del trabajo. El Caso de Argentina», en Serie Exclusión Social, MERCOSUR, No. 109. Equipo Técnico Multidisciplinario, OIT-Fundación Ford, Santiago de Chile, 1999.
- Neffa, j, Panigo. D (2009): El mercado de trabajo argentino en el nuevo modelo de desarrollo, Documento de Trabajo, Dirección Nacional de Programación Macroeconómica Dirección de Modelos y Proyecciones, Ministerio de Economía y finanzas públicas. (disponible on line en <http://www.ceil-piette.gov.ar/areasinv/empleo/empleopub/09dmercadoetrab.pdf>)
- Nun, J., Marín, J.C. y Murmis, M. (1968) “La marginalidad en América Latina: informe preliminar.” Documento de trabajo n° 35, Buenos Aires: CIS.
- Nun, J. (1969), “Superpoblación relativa, ejercito industrial de reserva y masa marginal”, *Revista Latinoamericana de Sociología*, Bs. As.
- Nun, J. (1999), “Nueva visita a la teoría de la masa marginal”, en *Revista Desarrollo Económico*, IDES, vol 39, N° 154, Buenos Aires, 1999.
- Palomino, H. (2007), “La instalación de un nuevo régimen de empleo en Argentina”, ponencia presentada en el VIII Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires, Agosto de 2007.
- Paraje, Guillermo. (2005), "Crisis, reforma estructural y...nuevamente crisis: desigualdad y bienestar en el Gran Buenos Aires". *Desarrollo Económico*, no. 179
- Persia, J. y Fraguaglia, L. (2003), “Patrones de movilidad laboral 1997-2002: una comparación regional: GBA -Interior Urbano”, Ponencia presentada en el VI congreso de estudios del trabajo ASET.
- Pinto, A. (1976), “Naturaleza e implicaciones de la heterogeneidad estructural en la América Latina”. *El Trimestre Económico*, vol. 37, No. 145. México, FCE.

- Pinto, A.(1970), *Heterogeneidad estructural y modelo de desarrollo reciente de la América Latina. Inflación: raíces estructurales*. México, FCE, 1970.
- Piore, M. (1975), “Notas para una Teoría de la Estratificación del Mercado de Trabajo”, en L. Toharia (comp.) *El mercado de trabajo: Teorías y aplicaciones*, Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- PREALC (1978): *Sector informal: funcionamiento y políticas*, Santiago, PREALC.
- Salvia, A. (2005), “Segregación y nueva marginalidad en tiempos de cambio social en la Argentina”, 7mo. Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, ASET, Buenos Aires.
- Salvia, A. (2007), “Consideraciones sobre la transición a la modernidad, la exclusión social y la marginalidad económica.” En: “Sombras de una marginalidad fragmentada”, Capítulo 1, Ed. Miño y Dávila. Buenos Aires.
- Salvia, A; Comas, G y Stefani, F. (2007), “Ganadores y perdedores en los mercados de trabajo en la Argentina de la post devaluación”, Ponencia presentada en las IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población (AEPA), Huerta Grande, Córdoba – 31 de octubre, 1º y 2 de noviembre de 2007.
- Salvia, A, Metlika, U y Fruguglia, L. (2006), “¿Disipación del desempleo o espejismos de la Argentina post devaluación?” en *Revista Laboratorio. Estudios sobre el cambio estructural y desigualdad social*. Año 8, Nº 19, Otoño/ Invierno 2006.
- Salvia, A., R. Austral y J. Zelarrayán. (2000), “Trayectorias laborales de trabajadores cesantes del sector formal del área metropolitana del Gran Buenos Aires”. IV Jornadas de Sociología. FCS, UBA, noviembre de 2000.
- Salvia, A. y Tissera, S. (2000), “Heterogeneidad y Precarización de los Hogares Asalariados en Argentina durante la Década del ‘90”. En: ALAST, III Congreso Latinoamericano de Sociología del Trabajo, 17 al 20 de mayo de 2000. Buenos Aires.
- Salvia, Agustín – Tuñon, Ianina (2007) “Diferenciales de Género en el Ingreso Horario en el Gran Buenos Aires: una desigualdad que perdura a compás de la feminización de la oferta laboral”. Salvia A., Eguía A. y Piovani J. (compiladores) (2006) *Género y Trabajo: Estudios de las asimetrías intergéneros e intragéneros en áreas metropolitanas de la Argentina. 1992-2002*. Buenos Aires: EDUNTREF.
- Agustín Salvia, Guillermina Comas, Pablo Gutiérrez Ageitos, Diego Quartuli, Federico Stefani, (2008) *Cambios en la estructura social del trabajo bajo los regímenes de convertibilidad y post-devaluación. Una mirada desde la perspectiva de la heterogeneidad estructural*. En Lindenboim, Javier (Comp) *Trabajo, ingresos y políticas en Argentina*. Buenos Aires: EUDEBA. ISBN 978-950-23-1643-7
- Tam, T. (1996): “Reducing the Gender Gap in an Asian Economy: How Important is Women’s Increasing Work Experience?”, en *World Development*, 24 (5).
- Tokman, V. (2000), “El sector informal posreforma económica”, en: Carpio, Klein y Novacovsky (comps.) *Informalidad y exclusión social*, FCE/SIEMPRO/OIT. Buenos Aires.
- Tokman, V. (1994), “Informalidad y Progreso: progreso social y modernización productiva”, *El Trimestre Económico*, vol. 61, No. 241, FCE, México.

- Tokman, V (1978), "Las relaciones entre los sectores formal e informal.", Revista de la CEPAL, 1re semestre 1978.